

Cuatro poemas de Ludwig Zeller*

LOS ESCOMBROS DEL ALBA

Caído bajo el peso de lo oscuro interrogo, me angustia
El remolino de esos naipes quemándose, en lo hondo del espejo
Quizás sueño. ¿Sobre qué arenas púlese la cabeza de sangre
Los penachos de plumas, los huertos sin raíces de mi ser?
Porque yo sé, yo he visto esos pies que cruzaban la corriente
Sin destrozar la cáscara del agua, unos huesos blanqueados
Por el alba y el enjambre que croa picoteando los labios
De ese ser indefenso que se agita y retuerce en el no ser.

Bajad plumas, bebed aquí en el cántaro esa angustia,
Esa fiebre redonda y a punto de estallar, ese llanto
Que no tiene por qué, ni piel, ni razón ancestral

*Los poemas que incluimos en esta edición forman parte del libro en preparación de Ludwig Zeller, que aparecerá con el título *La cabeza de mármol*. Con el poema *El faisán blanco* se hizo un libro-catálogo, notable publicación en 50 diferentes idiomas con igual número de ilustraciones, todas ellas realizadas por artistas y poetas amigos del autor con ocasión de su sesenta cumpleaños. Edición realizada especialmente para la exposición de las obras visuales y homenaje a Zeller, llevada a efecto en Metropolitan Toronto Reference Library. Mosaic Press. Oasis Publications. Los artistas chilenos que aparecen en esta obra son: Nemesio Antúnez, Juan Gallegos, Francisco Otta, María Luisa Segnoret y Virginia Huneeus.

El Fondo de Cultura Económica de México publicará también una antología con poemas seleccionados de diez libros de Ludwig Zeller, con el título de *Salvar la poesía, quemar las naves*. Fue el único chileno-canadiense invitado al Festival Internacional de Poesía de Rotterdam, celebrado en junio de 1987.

Que lo sostenga sobre sus largas patas de coleóptero
Y sin embargo duele y no sé dónde, alguien me llama a gritos,
Golpea un cubo de paredes frías, solloza sin cesar.

Tiene huecos el aire que apuntala los últimos peldaños
De la noche, gallos ciegos que picoteando cantan
Y vuelven a cantar mientras revuelven en la vieja
Baraja de los días los granos de maíz, arrancan chispas
En el vidrio azogado. ¡Carajo! a qué vivir si hay tanto ruido,
Tanta llama mordiendo su carbón y esa pala en mi almohada:
Tapiado bajo el sueño quizás pueda, quizás pueda volver.

El alba pasa con un gallo negro, el cuello rebanado.
Su instrumento mortal tiene dos filos —cara o sello—,
Mi vida, entre dos cabos arde. Me duele despertar.

AQUELLO QUE NOS DUELE

Viejas fotografías que me cuelgan al roído gabán,
Desolladas por años, enganchan los recuerdos, casi roncas
En papeles que el tiempo ha tornado amarillos.
Sangre que corre por mi espalda a cuestas, que tira de costado.
¡Cómo me duele verlas! corría yo tras de la rueda eterna,
Golpeaba los muñones, movía las rodajas del instinto.

El polvo cae, cae el día aciago, inapelable,
Ese de apocalipsis general cuando uno siente
Que la médula empieza echando chispas,
Que dentro de las venas corre torrente arriba
Tanto tiempo, tanto dolor sufrido gota a gota,
Tanto vino quemándose el elevar el cáliz ya vacío.

Ahora duermen tras de los adobes, duermen sin responder
De boca abajo muerden ese reseco bollo con los dientes
Y en la oscura sartén se frieron sus relojes.

¿Qué más puede doler? Viejas, deshilachadas máscaras
De cambiantes pupilas cuyos bordes humean
Sobre el rostro, la cortina de huesos y esa lengua que antaño
Oteaba ya por ti. En los arcones de la memoria el viento
Mueve vidrios quebrados, piel adorada, uñas de otro tiempo.

Tanta lava que corta a salivazos ese mantel de piedra,
Ese paño infinito ¡cuánta afrenta! Estoy colgado
A un clavo de vosotras, imágenes dolidas que me acosan
Y en el papel ondulan, ese grito, ese jadeo de pájaros
Sobre la cicatriz de la corriente.

Hablen ahora,
Repítanme bajito, aquí en la oreja sorda: "Huesito de mi vientre,
Cabeza de escorpión, perla de mi ojo". Quizás duerma.
Bueno. No tengas miedo. ¿Ya no hay remedio, Madre?
Un poco más y vengo. Te devuelvo los huesos.

LOS OJOS DE LA MUERTE

Los días duelen y la arena ardiente levanta sus escamas
Sobre el ojo para poder amar en las pequeñas cajas, ataúdes de cuarzo
Y olvidar esas llagas en que florece el tilo año tras año.
Si pudiera tan sólo separar de este juego aquellos gajos
Que dan las coincidencias, dan las fechas, abrocharme la herida
Y ser el sordo que escucha a veces un rumor lejano.

Pero la muerte tiene gafas dobles, ojos sin párpados
Como las cuchillas, cuando cubierta avanza en nudos misteriosos
Y duro el paso de su danza suena sobre los parches del tambor.
Tiembla la médula, se desgarra el sol, ¿En dónde está su imagen?,
La mesa está dispuesta y en el blanco mantel, esos vasos quebrados
Hace ya tanto tiempo, tanto hielo glacial ceniza muda.

Jugamos ella y yo: pretendemos que en la cerrada urdiembre de las reglas
El pan se da a los ciegos que mendigan, que las puertas no se abren
Y los hornos famosos son sólo una estación de los perfumes,
Ella mueve las negras, yo las blancas, y pasan días
Como siglos, sus alfiles aran el mar, mueven humo en lo alto y caen
Plegados en mazorcas mis doblones. En el caballo salto atrás.

Y caigo en otro tiempo. Entre cien rostros que me cubren
Huyo buscando aquella máscara cubierta de inscripciones,
Escarbo en las escamas de ese saurio inmortal que todos
Somos en el embrión de origen, pero mis huesos suenan,
Rechina mi esqueleto y silba el viento, púlese la cáscara
De tanto vano ardor y así desnudo vuelvo a empuñar arpón.

Y loco en el amar como otros mil antaño, salto al ruedo
Para el bailar de hueso contra hueso con la tirana muerte
Que vestida de negro gira al centro. La música comienza,
Apasionada el polvo bate y amarrados uno en el otro,
El garfio de sus ojos quema toda vana memoria y todo hastío,
De labios que en los labios sólo son piel son llama.

Ven entonces, tibio ídolo de tanto insomnio, bebe
De raíz esta médula que quiere eternidad, haz que el tambor
Esparza mi semilla en la arena; te espero allí hace siglos,
Mi dulce eterna amada, por tus párpados cubierto quiero ser.
Abres la puerta, lánguida sonrías. ¿Qué esperas, di?
He llegado por fin a tu costado, Señora del Silencio.

Toronto, 17 de enero 1984.

EL FAISAN BLANCO

Todas las puertas dan hacia la noche
Todas las aves vuelan hasta el árbol del llanto,
La nieve cae, si te vuelves cae y semeja el plumaje
Del silencio, ese rostro cerrado de la bruma.

Ahora te abres, se separan tus párpados y tu alma hace posible
La realidad de esas bandas del sueño, los ramos de lavanda
Que llevan desde una vida a otra los versículos de una oración
Sólo conocida por ti, sobre los ríos delirantes del tiempo.

Toda ventana se abre hacia el torrente que remontan las barcas
Por los desfiladeros de la luna esas venas del cuarzo
Espejo donde brilla un instante la piedad en tus pupilas
Cuando en silencio lloras y la nieve es más tibia.

Todos los rostros se abren a una máscara, siempre
La misma, dolorida, hirviente imagen donde el dolor
Resuena como un tambor, el corazón golpea, pide aire:
Dame a beber tus lágrimas ese perfume de tristeza muda.

Todo está quieto aquí. ¿Somos sólo fantasmas olvidados
En una casa gris en donde nadie llama? ¿No nos escucha nadie?
Las huellas en la nieve las va borrando el viento. ¿No eres tú
El faisán blanco y tus ojos los mismos que me miran en sueño?